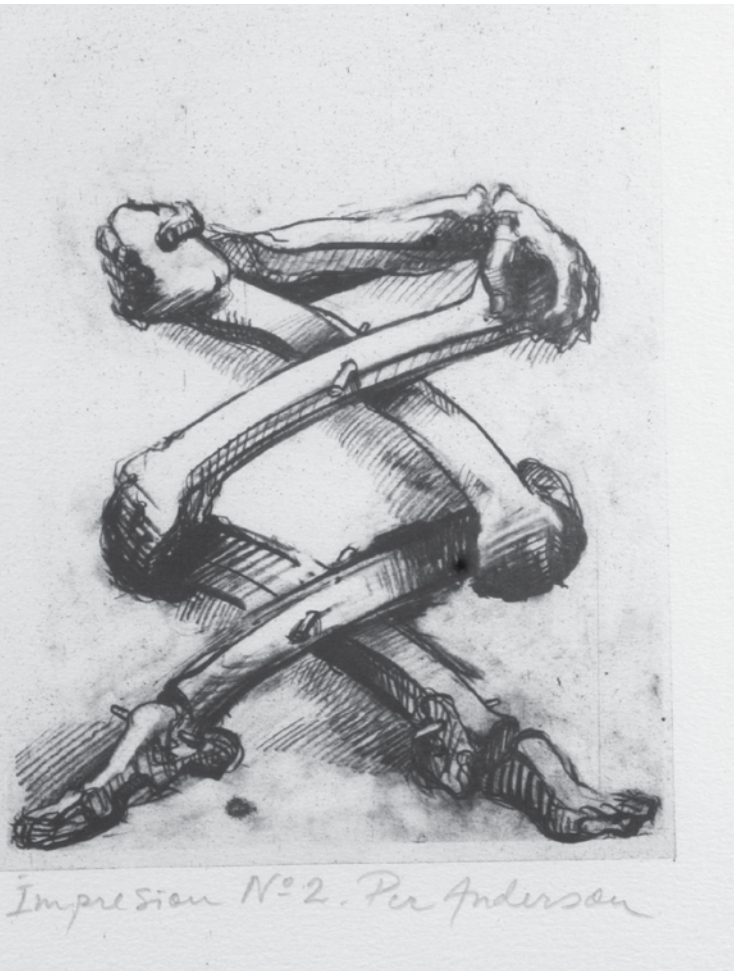




Lo necesario y lo inminente

Llamil Mena Brito

Boceto de Per Anderson, colección UAM



NECESARIO, DE PROFUNDA ERUDICIÓN y un sistema abarcante. Necesario. Con estos adjetivos y esta ferviente creencia resumiría yo el libro que Néstor García Canclini publica con el nombre de *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*, no necesariamente por un convencimiento absoluto del texto sino tal vez por todo lo contrario, por un vacío que no se desprende de una incomprensión formal sino —y pidiendo licencia al autor— *inminente*.

La tesis es seductora:

Vivimos en la época del arte desenmarcado: salió del cuadro, no quiere representar a un país, busca hacer sociedad sin presiones religiosas ni políticas. Sin embargo, no dejan de pintarse cuadros, en la globalización siguen existiendo naciones (centrales y periféricas), la sociedad está rota y la interculturalidad no se logra con totalizaciones que homogeneicen. ¿Se puede hacer un arte postautónomo?

Al menos una de las tesis, y si es elección nuestra entrar al libro por ésta, debemos saber que ya estamos ante una parte muy adelantada de la propuesta de García Canclini. Antes se nos introdujo en un universo que



hace del arte contemporáneo una compleja red mundial de interconexiones de todo tipo, en las que destacan las tecnológico-sociales que permiten, ahora, acceder y difundir de una forma jamás vivida a la obra y pensamiento de miles de artistas alrededor del mundo. Este factor, que por otra parte decreta el fin del vínculo entre el artista y la institución que difunda o venda su obra, ha logrado detonar una serie de elementos de toda índole que han generado una nueva dinámica en el quehacer artístico, pero sobre todo en su vínculo con la sociedad y el mercado: digamos que una vez obtenida la independencia por parte de los creadores de la academia y su validación, y después de los museos y galerías, existe lo que el autor bautiza como una era de arte *postautónomo*. Hasta este punto, Néstor García Canclini nos conduce por las particularidades del universo, que en mi necesidad doy por llamar del arte contemporáneo, pero que en realidad él elude catalogar como tal para concentrarse más bien en un entorno profundamente globalizado, carente de identidades e ideologías imperantes, sujeto a viejos dispositivos y a la vez creador de nuevas estrategias de discurso.

Buscando alejarse de pretensiones teóricas, acercamientos históricos, incluso (y no es menos decirlo)

aproximaciones socio-antropológicas, *La sociedad sin relato* es un diagnóstico de formas y fundamentos que buscan explicar una era del arte compleja por inasible, tal vez invisible. En este libro la cuestión del arte contemporáneo se juega fraguando una red denominación temporal a un tiempo donde es casi imposible asir un criterio estético ante una obra incierta. Y si la incertidumbre reina, mejor es devolver la palabra a “los artistas” y “los especialistas” en espera de que ellos, que al menos viven de esto y por esto, tengan la capacidad de confesarse y, si no definir su sustento, sí explicar sus motivos. Pues arte hay y en él se sortean muchísimos intereses: los más nobles, pertenecientes al reino de lo inminente (“este modo de decir que no llega a pronunciarse plenamente, en esa inminencia de una revelación”) tan próximo, como bien apunta el autor, a la benjaminiana “manifestación irrepetible de una lejanía”; los más prosaicos, los relativos al campo del materialismo más fundamental.

Qué es el arte y cuándo hay arte: intempestivo segundo movimiento para asignar un problema que estrictamente provea de tema a este diagnóstico. El filósofo mapea la respuesta a estas fundamentales preguntas desde varios flancos, desde las figuras que



Francisco Corzas,
Sin título, aguatinta,
95 x 56 cm, 1982,
colección UAM

se postran como superestrellas (Damien Hirst, Gabriel Orozco *et al.*) y generan alrededor de sus nombres una economía sustentada por un mercado que cotiza en galerías, subastas y museos el valor de su discurso, pero que ni cercanamente alcanza para describir el resto de una actualidad en que el arte expande sus métodos de acercarse a la sociedad por medio de Internet y gesta una realidad donde colectivos, proyectos, artistas sin nombre, performances y demás plataformas intangibles existen como arte para el mundo: la pesadilla benjaminiense del desvanecimiento aurático vuelta realidad. Al final del recorrido, y voluntariamente dejando de lado las probables eternas respuestas que pueda conceder la historia y la teoría, el conjunto puede establecerse en que estos dos mundos *creen* en lo mismo, en la fundamental necesidad de pronunciar la existencia de arte en la práctica.

Y que nadie olvide eso del patrimonio, pide el autor: carísimo reducto de hegemonización político-cultural que junto a la escritura han posibilitado a la

obra de arte como un producto accesible al resto del mundo y a la vez la han reducido a un complejo conjunto de piezas y conceptos insuficientes para todos. “El patrimonio quiso ser, y cada vez lo logra menos, sedimentación de algunas certezas. El arte intenta narrar, traducir indecisiones y enigmas, hacer visible la tensión entre arraigos y viajes”. Dejos metafóricos que necesariamente nos devuelven a la incertidumbre de nombrar, definir, concretar, hacer histórico lo que por principio nos negamos a entender como perteneciente al idioma de lo científico; y alguien debe cargar con las culpas, entonces cito: “Podría sugerirse que así como el arte trabaja con la inminencia, los profesionales del patrimonio se ocupan de lo que llamaremos exminencia. El artista se coloca en la expectativa de lo que aún no sucedió; en cambio, los bienes que atraen a los que se dedican al patrimonio son los que deterioran o están en riesgo de desaparecer. La fascinación de historiadores y arqueólogos se moviliza ante una inminencia negativa”. Menudo problema esto de pensar “una antropología y estética de la inminencia” en “una sociedad sin relato”.

Deberá comprenderse que las sutilezas en el lenguaje del texto de García Canclini no son problema menor. Si bien éste aborda problemáticas lo bastante amplias como arte, patrimonio, turismo y medios, otro tipo de terminología densifica la convivencia entre los distintos modos de entender el fenómeno, sobre todo al intentar escapar de la espesa autoreferencialidad que tiene el debate del arte contemporáneo. Ya los pocos enterados en el tema no habrán tardado en percatarse de que existe un particular elitismo en esta discusión, una profunda suerte esotérica tanto en la forma de problematizar como en la esencia misma del objeto.



Nestor García Canclini
*La sociedad sin relato. Antropología
 y estética de la inminencia*
 Buenos Aires, Katz, 2011, 264 pp.

Entre artistas, críticos, curadores y demás personajes se ve y discute entre pares, que pueden y necesitan dialogar incesantemente por una suerte de velocidad que el ojo del resto de la sociedad no alcanza a percibir; sin embargo es de muchos, el acceso al arte, irónicamente, de tantos como nunca antes se hubiera siquiera imaginado. Dice el autor, seguramente hablándole a un sector particular: “en esta recomposición mundializada, la estética relacional aparece como una reformulación apuradita de un crítico-curador interesado en intervenir espectacularmente en la crisis analítica del arte con un repertorio sesgado de obras y sin hacerse cargo de la complejidad social”.

Haciéndose cargo de una complejidad social, el libro de García Canclini no ha tardado en convertirse en referente y tema de discusión académica. El texto se sugiere como una curiosidad de gabinete donde de ninguna forma el autor pretende evaluar desde una lejanía una realidad. Todo lo contrario: pretende crear desde la más completa interdisciplinariedad una reflexión consciente y extensiva de lo que significa entender el arte hoy en día, y yo diría, entender el arte contemporáneo como latinoamericano desde este continente. Porque tampoco es un ademán reprochar la lejanía del debate: si bien nuestra región provee de proyectos artísticos muy influyentes, la hegemonía de la interpretación y la patrimonialización del producto está en Nueva York, París, Londres, Berlín y demás puertos de institucionalización estética.

Al consolidarse la posición según la cual no tiene sentido buscar la esencia del arte, de la cultura o de la sociedad porque lo que denominamos con

esos términos es construido de maneras distintas en cada país o época, la tarea es formular marcos analíticos que permitan comprender por qué y cómo se los construye de ese modo, de qué manera funcionan o fallan. Y cómo, entre esos procesos, ocurren interacciones inesperadas.

Todo en este párrafo me parece fascinantemente necesario. Sea ésta la labor de muchos, incluyendo a los artistas. ▲▲

Flor Minor, *Sin título*,
 aguafuerte sobre papel,
 54 x 42 cm, 1996,
 colección UAM

